



Idealizada visión de un contacto cultural en el siglo XIX. «Como fuimos acogidos en Ka-Babarré (Manyemá)» («El mundo ilustrado», Barcelona, 1880).

NUESTROS ANTEPASADOS SALVAJES Y PRIMITIVOS: LOS CAZADORES PREHISTÓRICOS



J. EMILI AURA TORTOSA
Universitat de València

Biodiversidad, multiculturalidad y globalización representan otros tantos términos, y contenidos de valores, que pueden ser observados como una actualización de algunas ideas que podemos rastrear desde la Enciclopedia: secularización, solidaridad humana, valoración de la Naturaleza, progreso individual y colectivo,... En cierto modo, las sociedades occidentales del llamado capitalismo tardío han valorizado lo primitivo, lo étnico, lo ecológico, *lo auténtico* en definitiva, y, tras ser despojado de sus contenidos intrínsecos, su naturaleza ha sido idealizada-virtualizada para poder ser así incorporada a la *uniformidad* occidental. Esta rápida percepción de algunos de los términos de mayor uso en las plataformas mediáticas del cambio de milenio, puede ser vinculada a cómo la sociedad occidental ha fagocitado sus contradicciones sobre su origen y evolución, o lo que es lo mismo, a cómo ha mudado la observación de su pasado más remoto.

La pretensión enciclopedista por incorporar una nueva racionalidad en el análisis de la naturaleza y la historia humanas derivó en una idealización de lo natural y *lo salvaje* como un estadio de bondad y felicidad perdidos; una utopía que ha tenido una indudable influencia sobre las teorías sociales y económicas de los últimos ciento cincuenta años. Los llamados “descubrimientos” y sobre todo, el colonialismo, conllevaron un contacto mayor con otras sociedades, con otras culturas, raramente acompañado de una observación libre de un eurocentrismo autosuficiente. Mas bien produjo todo lo contrario: la creciente competencia económica, el nacionalismo y la emergencia de nuevos estados-nación en Europa defendían una identidad-etnicidad nacional, segmentando un pasado común.

En este contexto, la Arqueología prehistórica de las primeras décadas del siglo XIX logró demostrar la antigüedad de la Humanidad, entonces denominada antediluviana, apoyándose en los avances de la Geología y de la Paleontología. La descripción de los Neanderthales como ancestro, extinguido, de la especie humana actual y el reconoci-

miento de la asociación cierta entre fósiles de animales ya desaparecidos y útiles líticos fabricados por los humanos, abría grandes expectativas sobre la antigüedad y complejidad de nuestro proceso evolutivo.

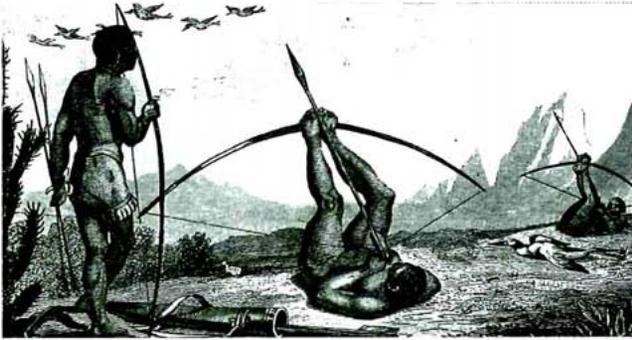
Pocos años más tarde, el darwinismo biológico describió los factores evolutivos de los seres vivos, insistiendo en la necesidad de una cronología mucho más larga que la manejada hasta entonces a la hora de trazar nuestra cadena evolutiva. Pero, el evolucionismo darwinista no sólo marcó un punto de inflexión en el estudio de la Historia biológica del planeta. El evolucionismo socio-cultural elaborado desde la Antropología, y más tímidamente desde la Arqueología prehistórica, propiciaron los primeros intentos por sistematizar la evolución cultural de la Humanidad: cómo, pero sobre todo cuáles, habían sido los sucesivos estadios de desarrollo tecnológico, económico y social recorridos, desde el *Salvajismo* a la *Civilización* siguiendo las palabras de L. H. Morgan.

La lógica evolutiva, de lo simple a lo complejo, y el principio darwiniano de selección natural y competencia servían a la sociedad europea para comprender mejor su incontestable superioridad cultural respecto de los pueblos *primitivos*. La vieja Europa desempolvaba sus historias nacionales para cohesionar sus respectivas construcciones estatales, mientras se describía el Pitecantropo de Java, hoy *Homo erectus*; y se acumulaban los descubrimientos extraeuropeos: el Hombre de Pekín, descrito en Zhoukoudian o el *Australopithecus africanus* de R. Dart en Suráfrica.

Después de la segunda guerra mundial se produjo el contexto socio-histórico adecuado para la revalorización de los cazadores-recolectores, históricos y prehistóricos. En primer lugar, Europa disponía de una larga tradición arqueológica de estudios sobre los cazadores prehistóricos y se aplican nuevos métodos cronométricos que permiten datar los yacimientos por encima de 1,5 millones de años. Esta circunstancia hará del continente africano un escenario privilegiado para múltiples programas de investigación sobre Paleontología humana, mayoritariamente vinculados a fundaciones y universidades norteamericanas. En segundo lugar, será decisiva la actualización del evolucionismo, que desde los años treinta se estaba produciendo en la antropología americana. Como punto final de la confluencia de todas estas circunstancias, en 1966 se organiza en la Universidad de Chicago la conferencia *Man the Hunter*, que pese a las numerosas críticas que suscitó sigue siendo una referencia obligada. Había llegado el momento de conocer el origen de nuestra especie y de sistematizar su evolución cultural.



«Hombre de Cro-Magnon de la era paleolítica». («Le Costume historique», 1888).



Visión ilustrada de cazadores de aves amerindios. Finales del siglo XIX.

Registro arqueológico y expansión de los humanos

Las evidencias materiales de las sociedades de la Prehistoria que son recuperadas casi diariamente en las excavaciones arqueológicas no son tan sólo objetos curiosos, susceptibles de ser ordenados a partir de su mayor o menor grado de complejidad; ni tampoco el simple testimonio de la antigüedad de la Humanidad. Constituyen la expresión del comporta-

miento cultural de nuestros antepasados, dentro de unas coordenadas paleoecológicas concretas, con capacidad potencial para informarnos sobre la tecnología, la subsistencia, la ideología y las formas de relación social. Entendido así, el registro arqueológico puede ser considerado como una muestra fosilizada de los sistemas culturales del pasado.

Este registro supera en la actualidad los 2,5 millones de años y sólo a partir de 1,7-1,5 millones de años se documenta la presencia de homínidos en Eurasia, coincidiendo con un cambio de ritmo en la evolución paleoantropológica (*Homo ergaster*) y tecnológica (industrias Achelenses). Tras un vacío documental importante entre 1,2 y 0,7 millones de años, se aprecia una mayor variabilidad, de las poblaciones y de la tecnología, que culminará en un nuevo punto inflexión, datable en torno a 0,3-0,2 millones de años tanto en lo paleontológico (*Homo neanderthalensis*), como en lo tecnológico (industrias Musterienses). La aparición de fósiles con rasgos modernos, actuales, se reconoce en África entre 125 y 100.000 años y en ese horizonte podrían estar también algunos fósiles de China. A partir de este umbral, se produce una compleja *expansión* sin que hasta la fecha exista unanimidad sobre aspectos tan cruciales sobre si esta se produjo a partir de un único linaje o el grado de aportación de los procesos regionales anteriores: la genética, la paleontología humana y la arqueología dirán.

Lo cierto es que los humanos modernos, el *Homo sapiens*, han sido capaces de adaptarse y sobrevivir en las más diversas latitudes del planeta: por debajo de los 100.000 años han sido descritos en el suroeste de Asia y Levante, una antigüedad de 50.000 tienen los pobladores de Australia; en el horizonte del 35.000-30.000 se sitúa su reconocimiento en Europa, el poblamiento de Tasmania o la exploración de las islas de la Polinesia; finalmente, 20.000 años tiene la primera presencia humana en la tundra ártica y algo menos la llegada a América a través de Behring.

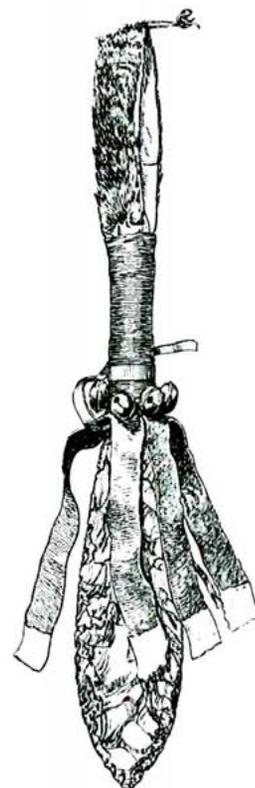
La larga evolución paleoantropológica se desacelera y es, sobre todo la variabilidad cultural, la multiculturalidad, el componente que mejor caracteriza nuestra evolución a partir de este momento. Aunque, tampoco conviene magnificar las diferencias puesto que rasgos tan significativos como la aparición de la tecnología característica del Paleolítico superior se reconoce en el sur de Africa y Levante hace unos 40.000 años y en Europa y el sureste asiático entre 35.000-30.000 años. Y otro tanto se puede afirmar sobre la coincidencia *intercontinental* en lo que respecta al horizonte cronológico de aparición del Arte rupestre de los cazadores prehistóricos, datado entre 32.000 y 23.000 años en Europa, Africa, India y Oceanía.

Los cazadores prehistóricos

Durante la mayor parte de su existencia la Humanidad ha utilizado los recursos silvestres, mediante técnicas como la caza, la pesca y la recolección. La Arqueología de los cazadores-recolectores prehistóricos es, por su amplitud cronológica, un escenario particularmente apropiado para mostrar las relaciones entre los humanos y su medio natural. Cómo fueron capaces de adaptarse, sobrevivir y reproducirse socialmente, incluso en las condiciones más rigurosas, elaborando una tecnología adecuada -por simple que parezca en algunas ocasiones-, utilizando los recursos a su alcance e implantándose sobre el territorio disponible.

El registro arqueológico conservado manifiesta cómo los humanos afrontaron las variaciones en la disponibilidad y distribución de los recursos silvestres. Para ello, desarrollaron una táctica decisiva: la movilidad. El nomadismo permitía obtener información sobre la distribución de unos recursos móviles y desigualmente distribuidos, espacial y estacionalmente, así como sobre la localización de otros grupos. Este comportamiento conllevó, en la mayoría de los casos, un tamaño reducido de los grupos y unas formas de organización social poco estructuradas desde el punto de vista político, al no estar fundamentadas sobre la posesión o el desigual acceso a los recursos. Lógicamente, estas pautas generaron registros dispersos sobre amplias áreas, puesto que cada yacimiento representa y contiene, habitualmente, sólo una parte de las actividades realizadas en el territorio económico, pero también social, del grupo.

La amplia dispersión geográfica de una tecnología sencilla -debía de poder ser transportada-, es la que permite rastrear sus territorios, debido a los rápidos cambios en



Hoja de cuchillo de piedra antiguo con mango moderno. Columbia británica. British Museum.



Arpones y azagayas óseas. Magdaleniense. Cova del Parpalló.

la forma y tamaño de sus equipos de caza y pesca que se observan a partir de la expansión de los humanos actuales. Esta cualidad de las armas ha hecho que la distribución cartográfica de los proyectiles de piedra, hueso y asta –puesto que los fabricados sobre madera sólo se han conservado excepcionalmente-, hayan sido identificados como límites territoriales de amplias *culturas* arqueológicas, sin que su equivalencia con otras tantas entidades sociales sea posible hasta los momentos finales de la evolución de los cazadores prehistóricos.

La variación espacial y temporal de estas armas contiene líneas de análisis solapadas. Evidentemente, existen varia-

ciones regionales ligadas a la variabilidad de recursos que son susceptibles de ser cazados y pescados, cambios ligados a la forma de enastar los proyectiles en los ástiles de madera y a los medios de propulsión – a brazo, mediante propulsor y finalmente con arco, utilizado quizás desde el 18.000 aC y con total seguridad desde el 10.000 -. Pero, además de estos componentes tecnológicos y funcionales, los proyectiles de piedra, y sobre todo de hueso, transmiten contenidos estilísticos, simbólicos: un mensaje codificado que podía ser leído por los miembros de la entidad social en la que se fabricó y utilizó. La decoración, figurativa y no figurativa, que soportan muchas armas de hueso y asta o el mismo Arte prehistórico pueden ser analizados desde esta óptica.

Frente a estas muestras evidentes de complejidad, la imagen más difundida de los cazadores-recolectores prehistóricos ha transmitido un estereotipo de seres con un aspecto tosco y limitada capacidad cultural. De su éxito biológico, pero sobre todo cultural, dada su diversidad y dinamismo evolutivo, podemos considerarnos la prueba más evidente; aunque, por el camino, la herencia común de este pasado remoto conservada a través de muchos pueblos primitivos haya sido masacrada hasta su completa extinción o abocada a la marginalidad en el mejor de los casos.

Bibliografía:

- AGUIRRE, E. (2000): *Evolución Humana. Debates actuales y vías abiertas*. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid.
- GAMBLE, CI. (1990): *El Poblamiento Paleolítico de Europa*. Barcelona: Crítica.
- LEE, R.B. y DEVORE Y. (eds) (1968): *Man the Hunter*. Chicago: Aldine.
- LEE, R.B. y DALY R. (eds) (1999): *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LEROI-GOURHAN, A. (1971): *El Gesto y la Palabra*. Caracas.